

Pero el Alcalde puede llamaros.— El Alcalde será el primero que os reprenda, si no esperais, para recibir sus órdenes, á la hora en que los niños salgan (1).— Puede tambien el Párroco reclamar vuestra cooperacion.— Debeis estar prevenidos desde la vispera, caso de que el asunto sea oficial ó de conun costumbre, y tomar, competentemente autorizado, una determinacion, por la cual la hora de las clases sufra un ligero cambio. No habiendo tal importancia en el asanto, debeis tambien esperar hasta que los niños salgan de la escuela.— Quiere hablaros un padre de familia.— Qué vuelva cuando la clase haya terminado. El tiempo destinado á la enseñanza de los niños no le pertenece á él ni os pertenece á vos, sino á su hijo y á todos los demás.

¿Qué podré decir de los maestros que reciben visitas en la escuela, que se ocupan de sus negocios personales, que abrevian la duracion de la clase, que se permiten conceder algun dia de vacaciones sin la debida autorizacion?

Todas estas son faltas graves. Para merecer el titulo de maestro hábil y concienzudo, no basta evitarlas; es preciso trabajar, no solo asiduamente y con puntualidad, sino tambien con lo que yo llamaria *espíritu de continuacion*; es decir, con aquella razonada perseverancia que permanece fiel á la marcha fijada de antemano. Esta cualidad es la que falta á un gran número de maestros. No son coordinados ni progresivos sus esfuerzos, se hace bien cada cosa, pero sin cuidar de su relacion con lo que luego ha de seguirla. No basta que las clases se sucedan, es preciso que se encadenen.

El maestro que tiene un verdadero espíritu de continuacion no abandona al azar cosa alguna; no pasa temerariamente de una idea á otra, y no emprende sino lo que

(1) El maestro, sin embargo, y reservándose hacer las observaciones ó reclamacion que fuesen oportunas, debe obedecer semejante orden del Alcalde, si es que terminantemente le previen e éste que al momento se presente á él. (N. del T.)

le es posible acabar. Todos los dias se oye decir : « Esto es un fin que me propongo, pero del que estoy léjos todavía: es preciso esperar. Esta parte de la enseñanza deja aun que desear, hay una laguna en ella; pero ya la llenaré. La mayor parte de los discípulos han obtenido un éxito que no todos han alcanzado, ya le obtendrán. »

CAPITULO XXI.

BONDAD.—SEVERIDAD.

No basta tener celo, paciencia y exactitud; sino que es tambien indispensable, y no os importa ménos establecer vuestra autoridad sobre los niños y hacerlos obedecer.

La obediencia de los niños es el resultado de dos sentimientos que á la vez debeis inspirarles, y que se prestan mucho apoyo: el temor y el amor. Una prudente severidad es el origen del primero, y por medio de una bondad paternal obtienese el segundo.

Juzgad, Anatolio, segun estos principios, á esos Maestros duros y groseros que, no atreviéndose á desahogando golpes el furor que los anima á veces, anonadan á fuerza de brutales invectivas la inocente timidez de los niños. ¡Desgraciado el maestro que se aventura á entrar en tal camino! Llegará á serle imposible salir de él, y encontrará su primer castigo en semejante imposibilidad. Si se deja llevar una ó dos veces de semejantes arrebatos, adquirirá tan fatal costumbre; no le será posible contenerse, no sabrá decir nada con dulzura, se hará de vez en vez más grosero, insultante, y hasta sin apercibirse él mismo.

Que resulta de aqui? Que los niños se acostumbran á estas furiosas manifestaciones, llégandolas á tener como acompañamiento indispensable del trabajo que hay que

emplear en instruirlos. Resulta que cuando se quiere ejercer influencia sobre ellos por medios naturales y empleando la dulzura, no se consigue nada; que, semejantes á los sordos, no pueden ser despertados sino por el ruido del trueno. Su sensibilidad se embota de tal modo, que no es posible excitarla sino por palabras picantes, por palabras que hieran. Fieles imitadores de su maestro, son brutales los unos con los otros, groseros entre sí. ¡Qué puede haber más repugnante que una escuela de esta especie!

No temo, Anatolio, para vos el contagio de tan odioso ejemplo; pero caeriais en un extremo de no menor peligro, aunque de naturaleza opuesta, si llevaseis la bondad hasta el punto de familiarizaros con vuestros discípulos. Procurad cuidadosamente ponerlos al alcance de los niños, pero no vayais á convertirlos en niño vos. No tengais para ellos complacencias pueriles. Un padre se las puede permitir alguna vez; un maestro jamás. Es la autoridad de un padre tan inherente á su persona, que puede no abrigar el temor de comprometerla; mas no siendo sino prestada la del maestro, se expondría á perderla si un solo instante lo olvidara. Acaso hayais leído que Enrique IV, para divertir á sus hijos, corria con ellos por su cuarto á caballo sobre un baston. Léjos de oscurecer su gloria semejante debilidad de su amor de padre, realza su esplendor; pues gusta ver tan buen padre en quien era tan gran rey. Pero vos siempre estais expuesto á que se os tache de pequeño de ideas. Para que no se os confunda, pues, con los niños á quienes enseñais, para que ellos mismos no se lleguen á tener como iguales á vos, es preciso que conserveis siempre la dignidad en la bondad. Esta misma dignidad no tiene mérito, mientras que una justa severidad no le dé valor. Los niños no aman sinceramente sino al que sabe hacerse temer; no dan importancia, no aprecian la dulzura sino en aquel que da pruebas de energía.

Es pues un grande error el tratar siempre á los niños como á personas cuya razon está desarrollada por completo.

Semejante conducta , seductora tal vez en teoría , es detestable en la práctica. Si el niño comprendiera todas las consecuencias de sus actos , si reflexionára antes de obrar , si supiera hacer el sacrificio de un goce presente por una ventaja futura , en una palabra , si tuviera razon como nosotros , añadiéndose á ella por otra parte su amable inocencia , la pureza de sus infantiles ideas y toda la castidad de su corazon , seria bien superior á nosotros. No esperemos una cosa tan contraria á la naturaleza.

Nada es mas fácil para un espíritu recto y firme que obtenerlo todo de los niños por la autoridad , y seria una locura el querer sustituir á este medio de accion los razonamientos mal comprendidos y olvidados bien pronto. ¡ Cuántas cosas se les debe prohibir , sin que permita la prudencia entrar en explicaciones sobre la causa de la prohibicion! ¡ Cuántas veces los razonamientos les conducirán á su pérdida , cuando la obediencia sólo puede salvarlos !

Se ha hablado de guiar á la infancia únicamente por medio del sentimiento. Tal manera de educar , no sería , acaso y en rigor , absolutamente imposible para un niño aislado , cuyo feliz natural se hubiera dirigido desde el instante de nacer por una ternura ilustrada , y por una vigilancia continua que tuviera por objeto librarle de las malas impresiones. Pero desde el momento en que los niños se reunen constituyendo lo que se llama clase , la ligereza de un jóven espíritu aumenta por el recíproco contacto , y sólo la autoridad puede impedir que degeneren en una disipacion capaz de perderlo todo. ¿ Se tratará de excitar un sentimiento á cada falta ? No hay medio mas á propósito para profanar lo santo y digno de respeto que el abuso : al corazon no debe llamársele sino en las grandes ocasiones.

Hay teorías en educacion , que son muy inocentes mientras se mantienen en su terreno de teorías ; pero que se convierten en perjudiciales desde el momento en que un maestro poco prudente las quiere poner en práctica ; por-

que no se experimentan sino á costa de la juventud cuyo porvenir comprometen.

Sed muy reservado en el ejercicio de esta noble virtud que se llama *indulgencia*. Ser indulgente fuera de propósito, es decir, cuando el arrepentimiento no es profundo y sincero, y cuando la falta, sobre todo, lleva el carácter de malicia, no es sino animar á los niños para que obren mal en lo sucesivo. Estos no sabrán apreciar vuestra bondad, no la comprenderán: sólo verán la falta de castigo, que les hará peores. Los espíritus falsos, los malos corazones (y entre los de vuestros discípulos pueden muy bien hallarse) no son capaces de comprender los sentimientos elevados. Os creerian tanto más débil cuanto hubiérais sido más indulgente. ¿Quién puede preveer hasta donde llegaría su insolente perversidad? Por el propio interés de vuestros discípulos, acertad á ser severo.

Si se ha cometido una falta contra vos personalmente, no cedais á ese movimiento de generosidad á que os movería entre otras el temor de que el castigo se tradujera como venganza. No consintais jamás que se falte, en vuestra persona, al respeto que á su maestro debe siempre el discípulo. Las faltas de este género son mortales para la disciplina; si se renuevan con frecuencia, es imposible continuar dirigiendo la clase, y si se continua á pesar de ellas, valdria mucho mas que se cerrára, pues la escuela entónces es un mal para los alumnos. Niños que faltan al respeto á su maestro no respetarán á nadie: ¡ se burlarán mañana de sus padres, de las autoridades, de las leyes !

CAPÍTULO XXII.

ESTUDIAR EL CARÁCTER DE LOS NIÑOS.

—

Para que podais emplear con buen éxito los dos resortes

del temor y del amor , es preciso que conozcais perfectamente el carácter de los niños confiados á vuestro cuidado. Tienen estos , rasgos generales que son comunes á todos ; pero hay tambien una infinidad de rasgos particulares que los diferencian. No puede ser más difícil encontrar dos hojas de árboles enteramente iguales que dos caracteres de niños completamente gemelos.

Tratar de reducir á todos al mismo nivel , sería querer forzar la naturaleza ; dirigir á todos ellos por iguales medios , tentar un imposible. Estudiad , pues , cuidadosamente la diversidad de caracteres ; recoged todas las noticias que sus padres , sus vecinos , sus amigos os puedan transmitir ; observadlos sin afectacion en sus paseos y en sus juegos , en los cuales , libres de toda violencia , de la sujecion que en la escuela se les impone , aparecen tal y como son ; ganad su confianza , y obtened de ellos la revelacion de sus secretos pensamientos. Efectuando tal estudio , y valiéndose de semejantes medios , los llegaréis á conocer , y podreis emplear así con cada uno de ellos los resortes más apropiados á su naturaleza.

Hay niños cuyo natural vivo y alegre no les consiente tomar en serio cosa alguna , y cuyas faltas , hijas siempre de la ligereza , apénas tienen consecuencias.

Hay otros cuyo humor es sombrío y huraño , y que , cuando hacen algo malo , lo efectuan con una culpable premeditacion.

El exterior dulce , modesto y dócil de algunos es indicio de las más felices cualidades ; miéntras que á otros iguales signos no les sirven sino para ocultar una profunda hipocresía , para cubrir como con un velo todos los vicios.

Los hay (apénas me atrevo á decirlo) á quienes es preciso no manifestar amistad nunca , porque el cariño de que se les da pruebas los hace orgullosos é insolentes.

Hay algunos á quienes es preciso guardarse bien de herir con una palabra un poco viva ; porque se exageran la

importancia de todo, creen que son objeto de la indiferencia ó del desprecio, se desaniman y no trabajan más.

Otros, por el contrario, decaerían si no se les excitára con palabras algo vivas; sin esa animacion del maestro que se comunica á ellos, permanecerian en una apatía incurable.

Debe hablarse á unos con cierta especie de amistosa familiaridad, que, animándolos, los llena de alegría y de esperanza.

Y con otros, ha de procurarse que la voz sea siempre grave y severo el porte: es preciso que se les conserve á cierta distancia del maestro.

El temor detiene á unos, y á otros les embrutece y desanima.

Hay niños tan ardientes, tan impetuosos, que es indispensable moderarlos hasta para el mismo bien, y emplear con ellos sin cesar la brida y el freno.

Hay tambien algunos á quienes es necesario adivinar, y que, bajo un exterior casi estúpido, ocultan un espíritu penetrante y una profunda sensibilidad.

Y me detengo aquí; porque querer detallar los rasgos que diferencian todos los caracteres de los niños, seria emprender una tarea verdaderamente sin fin.

Se me dirá tal vez: «En medio de esta diversidad de caracteres, la mayor parte son malos: y ¿el apático, el indiferente, aquel á quien una justa severidad exaspera, aquel á quien una bondad indulgente anima para obrar mal, serán dignos de que por ellos se tome uno tanto trabajo? No hay bastante con reducirlos á todos á la obediencia por medio del rigor?»

No seréis vos, Anatolio, quien os permitais hacer semejante observacion. Sabéis muy bien que un maestro que sin consideracion obrase con esos tiernos espíritus los empujaría infaliblemente hácia el mal, y que el único medio de conseguirlos y mejorarlos, es usar con cada uno de ellos el remedio que pueda convenirle.

¿Qué se pensaría de un médico que no se dignara consultar el temperamento de un enfermo, y que á todos indistintamente aplicara el mismo tratamiento? ¿No le miraríais con razon como á un asesino? Y á un maestro que obrara del mismo modo ¿no podría considerársele con justo título como homicida de las jóvenes almas que se le confían?

Al empezar á ejercer vuestro cargo, es muy fácil que os equivoqueis mas de una vez en la apreciacion de los caracteres. Así que vuestras propias observaciones, ó la amonestacion de un superior ó de un amigo os adviertan vuestro error, apresuraos á repararle. Adquiriréis por fin irremisiblemente ese tacto que hace apreciar con seguridad y prontitud los caracteres, y ese hábito por cuyo medio, casi sin pensarlo, se emplea instintivamente con cada uno de ellos el procedimiento mas á propósito.

CAPÍTULO XIII.

INSPIRAR CONFIANZA Á LOS NIÑOS.

—

Antes de todo y sobre todo, es preciso que trateis de ganaros la confianza de los niños.

Este sentimiento, que se funda en el afecto y en la estimacion, no se ordena ni se impone; pues nace del corazon, de ese asilo inviolable de la voluntad individual, á que la voluntad extraña puede llegar muy bien por la persuasion, pero jamás por medio de la fuerza.

No lo olvideis jamas: vuestro discípulo está obligado á obedeceros, siendo este un deber que indispensablemente ha de cumplir; y si de él quiere evadirse, teneis medios para forzarle á que le cumpla. Pero no está obligado á tener confianza en vos, y si os la rehusa, no podeis arrebatársela